

JORGE DE LA CUADRA. *La Filosofía de la Realidad*.—Santiago 1949. Imprenta Nascimento.—1 vol. de 242 págs.

El autor nos ofrece un denso volumen que gira todo en torno a una tesis central y que podemos sintetizar con estas palabras del *Prólogo*. «Creo, en cambio, en la felicidad relativa que se adquiere por el perfeccionamiento del espíritu». Y en el extenso desarrollo de esta tesis, el libro va apareciendo cada vez más y más preñado de juicios sobre importantes temas metafísicos, psicológicos, éticos, históricos y religiosos... que si bien por momentos aparecen extraídos de una buena dosis de sentido común, sin embargo, por lo general, son juicios de ligereza y madurados más bien con un criterio sin mayor consistencia científica.

En el primer capítulo, el autor indaga sobre el principio de las fuerzas elementales del hombre, descubriendo que es el instinto de la propia conservación y de la conservación de la especie. Pasa a un examen sobre la naturaleza social del hombre, la primitiva organización de la vida de éste, y da su juicio sobre la Edad Media, la Edad Moderna y la decadencia de Occidente: encuentra que la Edad Media se organiza en la «inspiración del alma guerrera», que la humanidad de aquel entonces «es ignorante y opaca». ¿Es posible en nuestros días seguir manteniendo, con justicia y seriedad, estos conceptos, después de las grandes revisiones históricas y singulares estudios medievales llevados a cabo con tanta paciencia y esfuerzo? Olvida el arte, las Summas, las Catedrales, las corporaciones, el orden jurídico, las Universidades de aquella Edad que no tenía ferrocarriles, pero que vivía en una seria dedicación al espíritu, cuya ausencia en nuestro tiempo el mismo autor tanto lamenta. Encuentra que la decadencia de Occidente comienza en la segunda mitad del siglo pasado (p. 32), pareciendo olvidar el complejo de factores históricos que hicieron posible la Edad Moderna y que a lo largo de tres centurias trabajaron en la decadencia de la cultura occidental.

En el capítulo segundo, él investiga sobre el Ideal humano, y nuevamente aquí descubre que este ideal consiste en el deseo de la felicidad humana. El lector sufre aquí una cruel decepción: primero plantea una cuestión de suma importancia, cuya solución no se ve al través de todo el libro, esto es, declara que es indispensable conocer la naturaleza del ser para llegar a saber su finalidad, y por ninguna parte aparece

el examen sobre la naturaleza misma del hombre (p. 42-43); y en seguida, lisa y llanamente escribe: «La vida carece de toda finalidad en sí y con mayor razón de toda finalidad transcendente». (p. 43). Tenemos un desconectado, un abandonado, un pobre ser que jamás sabrá por qué y para qué vive, la vida humana sin sentido. Más adelante, al hablarnos sobre el placer y el dolor (p. 50 y sigs.), parece entender más bien el placer y el dolor físicos aprovechando tal vez la llamada ley de Grote, y en la cual se atiende solamente a la cantidad, descuidando la cualidad y naturaleza de los placeres superiores y dolores morales. La capacidad de desear muchas cosas, el autor la finca en la mutabilidad de la naturaleza humana (p. 52 y 43). En parte esto es verdad; pero es ocultar la manifiesta transcendencia de una naturaleza que en el fondo clama por una plenitud de su ser integral.

En el capítulo tercero, aparece reeditando lo dicho por Alexis Carrel en «La Incógnita del hombre». Con muy buen tino, aquí clama contra una sociología divorciada de la ética y la metafísica (p. 64), contra la sociedad contemporánea sin valores y fuerzas espirituales (p. 75-79), para llegar a la conclusión de que nuestro hombre de hoy no es feliz, a pesar de tenerlo materialmente todo.

En el capítulo cuarto, nos lleva a la «evolución de la sociedad y el enigma de su porvenir». Nos habla para presentarnos como frescas y definitivas, teorías etnológicas y referentes a la Historia de las religiones que hoy sabemos superadas, aun cuando no las conozca ni reconozca. Le da a la Reforma protestante (que fué la deformación de Occidente) un valor hoy día casi inusitado, y presenta a los reformadores como causas eficientes, cuando no pasaron de ser una oportunidad histórica de factores negativos para la cristiandad. Tiene ideas muy felices en lo referente a la crítica de una llamada «conciencia colectiva» que nadie entiende, o que se entiende tanto como el «Geist de Hegel» (p. 100, 101, 125).

El punto más débil y contradictorio del volumen lo constituye el capítulo quinto, donde el autor nos habla de «la impotencia de las magnas doctrinas». Juzga que la moral y la religión no tienen nada que hacer hoy, porque han fracasado para el autor, y las encuentra «definitivamente muertas» (*sic*, p. 140). Mientras en toda la obra ha deplorado la ausencia de valores espirituales y principios morales, especialmente en la sociedad contemporánea, juzga que lo único que no sirve hoy es exactamente lo único que hace falta. Ignora casi completamente la filosofía de la historia, las llamadas «constantes históricas» que analógicamente se repiten en la historia, y cuyo profundo conocimiento es indispensable para quien con seriedad desea arriesgarse en un análisis histórico. Tampoco se sabe «situar» en el curso histórico, y de ahí que repita todavía hoy cuestiones adulteradas en el siglo pasado, y sumamente manoseadas por la mediocridad: la intolerancia religiosa (p. 143 y ss.) el dogmatismo, la Inquisición con citas de Llorente. (p. 145 y sigs.) etc. etc. Y como una curiosidad, que aminora los prejuicios y dicterios del autor, agregaré que comienza más adelante el capítulo VII con estas palabras: «La necesidad primordial del hombre, es creer»

(p. 183). Igualmente, el hombre que antes llamaba muerta a la moral, proporciona la siguiente ley suya, que llama de «retrogradación institucional», y que dice: «Siempre que en la vida de un pueblo se producen retrocesos de las formas externas de la organización social o se relajan las instituciones que mantienen el orden público, se opera, en forma congruente una regresión de la moral colectiva», regresión que tanto lamenta nuestro autor.

El capítulo sexto está dedicado a los «espejismos de la felicidad», y aquí con bastante éxito analiza los deseos descontrolados y temporales de la gloria, la fama, el poder, el dinero y... la ataraxia de los estoicos y algunos romanos. Su constatación de que esta vida no nos hace felices, es terminante y sincera (p. 164-167).

En el capítulo último comienza por demostrarnos la imperiosa necesidad de creer,—necesidad natural de la inteligencia, por lo demás, y una de las virtudes imprescindibles del hombre intelectual y del hombre de ciencia. Insiste en que hay que cambiarlo todo (p. 202-203), en que la felicidad individual es obra de cada uno o de nadie (p.207), y en que el destino del hombre es realizar plenamente la felicidad que busca (p.237). Esta felicidad relativa está en poder del hombre, o no, esta es la cuestión, y el autor parece que nos enseña que está absolutamente en poder del hombre, a pesar de que ha confesado en varios lugares que en ninguna edad el hombre ha logrado su felicidad. En seguida se podría plantear la cuestión de si esta felicidad es de orden transcendente o no, y como nos ha dicho que la vida humana no lleva finalidad transcendental, quedamos encerrados en la finitud, multiplicidad y contingencia de las cosas del tiempo donde el ser se divide y agoniza.

En resumen, un volumen que pudo tener mejor éxito si se hace con ecuanimidad, ponderación y fundamentos más serios. Al cerrarlo, quedo con una impresión personal: el autor parece tener muy buenas intenciones, ser bastante sincero, pero está perdido en el problema de la felicidad. . .

AGUSTÍN MARTÍNEZ.